

last picture show» («La última sesión de cine») se encontrarán ahora sorprendidos ante el siguiente título en la aún breve filmografía del autor: «What's up doc?» («¿Qué me pasa, doctor?») es una película opuesta absolutamente, en principio, a la obra anterior. En a qu é l l a, Bogdanovich construía un panorama sentimental sobre su generación, adolescente en los años cincuenta, que vivían en las salas oscuras los últimos grandes clásicos del «western» y en la vida sus primeras experiencias vitales. En su narración, Bogdanovich realizaba una especie de antología indirecta del género mientras, al mismo tiempo, dejaba explotar sus recuerdos, su afán crítico, su amargura... Testimonio político de su generación, autobiografía romántica de los que vieron sus mejores años marcados por las ilusiones mantenidas ante la pantalla de un cine, «The last picture show» era el inevitable y trágico adiós a toda una generación de cinéfilos y al cine que la alimentó.

Si su obra siguiente es, en principio, opuesta, se debe a que en esta ocasión Bogdanovich ha realizado una comedia delirante, disparatada, enloquecida, superdivertida... Pero coincide con la anterior en ser un homenaje profundo al género. «¿Qué me pasa, doctor?» es la antología más completa realizada nunca sobre la comedia americana (donde aparecen sintetizados el «touche» de Lubitsch, el de Capra, el de Hawks, el de Edwards, el de Curtiz, el de Cukor... Secuencias enteras que responden casi milimétricamente a otras de «La fiera de mi niña», «Casablanca», el cine de los Marx...). Lo curioso, lo apasionante, lo genial de Bogdanovich es que esto no le impide construir una película totalmente coherente, válida por sí misma; que se remite a otras obras clásicas del género sin destruir en nada su propia independencia. El homenaje apasionado y la creación propia se complementan de una manera tan perfecta que cualquiera de los dos puntos señalados pueden ser aislados para acercarse a la película.

Nos encontramos ante un director muy joven (treinta

y escasísimos años) que ha mamado el cine desde su más tierna infancia, que ha convivido con los maestros americanos aprendiendo de ellos su sentido más complejo y rico del cine. Bogdanovich rueda con la seguridad y alegría de un viejo clásico y con el distanciamiento y nostalgia de un joven maestro.

«¿Qué me pasa, doctor?» es como el punto final a un importante capítulo de la historia del cine. El mundo del enredo, de las tartas, de las locas carreras de coches, de la canción, del juego de palabras, del absurdo llevado a lo cotidiano adquiere en la película de Bogdanovich su más alta representación y, al mismo tiempo, construye su propio epítafio. Tras el trabajo de Bogdanovich, la comedia —de la brillante manera que hasta ahora se la ha entendido— es inconmensurable. «¿Qué me pasa, doctor?» es su epílogo genial.

Película a ver absolutamente, incluso más de una vez, no ha sufrido en la versión española más que alguna corrección de diálogo, no motivado por cuestiones de censura, sino por enloquecimiento de los dobladores, que sobre la marcha han inventado sus propios «gags»; así, el toque celtibérico a algunos personajes no es correcto, pero la película de Bogdanovich puede más que todo eso, y supera cualquier intrusión impertinente.

Incluso permite que los espectadores españoles paguen la desorbitante cantidad de 83 pesetas (en el cine de estreno de Madrid) cuando este es un precio no autorizado más que para películas rodadas o exhibidas en 70 mm. No es este el caso de «¿Qué me pasa, doctor?». Sería lamentable que por un excesivo afán de lucro de los distribuidores y exhibidores la película no llegue a relajar convenientemente el estómago de los espectadores, relajamiento absolutamente necesario para poder divertirse convenientemente con Bogdanovich. Esperemos que las muy discutibles disposiciones sobre subida de precios tengan, al menos, una legal traducción en la práctica.

Mientras tanto, traten ustedes de ver la película an-

terior del importantísimo Bogdanovich. ■ DIEGO GALAN.

ARTE

Ya tenemos aquí, casi a la puerta, el vendaval de las exposiciones. Para el día 14 anuncia la galería Sen su exposición de Máximo; para el día 15 anuncia Juana Mordó la apertura de su exposición con «Nueve pintores de Sevilla». La galería Iolas, que está haciendo obras y ampliando sus instalaciones, abrirá en octubre con una exposición de Chillida. De buena tinta sé que el Museo de Arte Moderno abrirá muy en breve una exposición del simbolismo pictórico francés... Y más aún, para finales de este mes, la galería Pelaires, de Palma de Mallorca, inaugurará una exposición de Calder. Por lo que se ve, no se presenta mal el panorama, al menos en sus comienzos. A mí me hubiera gustado dedicar el verano sin exposiciones a hablar de algunos contactos con los artistas de carne y hueso, no con sus obras. Empecé a hacerlo con nuestro Manolo Millares, pero... Luego, pocos días después me llegó Eduardo Chillida, que estuvo tres o cuatro días con nosotros. Los chicos de Chillida han tenido la gentileza de mandarme, ahora, algunas fotos que nos hicieron a Eduardo y a mí. Creo que vale la pena evocar aquellos días.

Eduardo Chillida, junto al Arlanza

Si le fuera posible, yo creo que Eduardo Chillida viajaría como el caracol, con la casa puesta. Por lo menos, viajaría con su familia: con su mujer y con sus hijos. Pero eso tiene muchas dificultades, pues la tribu de los Chillida es

bastante grande. Es bastante grande, porque son siete u ocho hijos, más el matrimonio, más los amigos de los hijos...

Normalmente, Eduardo Chillida viaja siempre con Pili, su mujer. La parte más joven de la familia continúa atada al trabajo y al estudio cotidiano en la casa matriz donostiarra. Pero ahora estábamos todos en vacaciones, por lo que gran parte de la tribu estaba acampada a siete kilómetros de nuestra casa, junto a lo que un día será taller campesino del escultor y apeadero de toda la familia.

A nuestra casa sólo venían a dormir Eduardo y Pili, mientras la parte joven de la familia permanecía en el campamento. Sin embargo, allá llegaba por la mañana la sección más joven de la juventud Chillida, a darle cuentas al padre de los encuentros del día: los fósiles. Por allí hay algunos. Eduardo y Luis Chillida llegaban por las mañanas con su cargamento geológico deslumbrando al padre con sus hallazgos, y allí, mientras Eduardo tomaba pausadamente su café, se les oía siempre una larga y concienzuda conversación, salpicada de palabras

con raras significaciones... «amonites», «trilobites»... Me da la impresión de que Eduardo-padre ha tenido que poner al día sus conocimientos en estas trascendentales cuestiones para poder atender convenientemente a sus hijos y, de paso, para aprender de ellos todo lo posible. Luego llegaban los mayores, Guioamar y María, con sus amigos...

Estas familias generosamente numerosas dejan entrever una salud física y mental verdaderamente envidiable. La primera cualidad es la serenidad de los padres. Como no hay tiempo para melindres y cuidados mórbidos, la relación se establece sobre la base de una gran libertad y confianza. No pasa nada. Y se produce, yo creo, un salto cualitativo desde cierta cantidad y desde ciertas condiciones. Una de las peculiaridades de esas familias de «pucheros grandes» es que no se advierte en ellas los tristes choques generacionales de otras. En la de Chillida, especialmente, lo que hay —y eso se traspasa de padres a hijos— es un gran respeto por la juventud, por la más extrema juventud (algo que es muy



raro, digo con pesadumbre, en la vida española). Allí estaba con nosotros también, pasando una breve temporada, la pequeña hija de Guinovart (año y medio), y desde que llegaba la juventud Chillida se convertía en el centro máximo de todas las atenciones. Quiero decir que eso no se improvisa: que forma parte de un estilo de vida en el que todas las formas de la juventud tienen su palabra.

Pero como las horas del campo son más largas que las de la ciudad, allí tuvimos tiempo de hablar de muchas otras cosas. La principal de todas ellas fue Manolo Millares. Cuando los Chillida llegaron, hacia solamente dos o tres días que habían regresado a Madrid los Millares. La verdad es que Eduardo, por razón de su residencia donostiarra, no había tenido muchas ocasiones de frecuentar a Manolo Millares. Pero ya conocía el diagnóstico y la proximidad del final previsto por los médicos a plazo muy corto. La sombra de ese amigo convocado a la muerte tan inexorablemente llenó nuestras conversaciones. Porque el otro tema que parecería obligado, el del desgraciado asunto de la escultura del puente, lo soslayamos casi con deliberación.

Paseamos algunas veces. A Eduardo, como a mí, las flores que más le gustan son los árboles. Allí los hay casi por castigo. Pero, curiosamente, al escultor Chillida, aunque le interesen los árboles por su forma, le interesan más por el inevitable arrastre simbólico que siempre llevan consigo. Lo cual nos puede dar una advertencia fundamental sobre su escultura: organización de formas, sí, pero organización de formas y de espacios de acuerdo con una ley de arcanas o próximas significaciones...

Muy cerca quedaban las tumbas que los viejos antepasados de Chillida plantaron en estas cumbres (parece que la repoblación de estas tierras la realizó gente vasca en la primera Edad Media). Ahora, Chillida andará atareado creando arqueología para el futuro. Pues dentro de muy poco tiempo va a exhibir su obra en Madrid en la galería Iolas-Velasco. Nos volveremos a ver entonces. ■
JOSE MARIA MORENO GALVAN.

CANCION

Quando el Horizonte deja de ser Azul

Hace unas semanas, las revistas «pop» inglesas anunciaban en diminutas reseñas la desaparición de Blue Horizon como casa de discos. Una triste noticia, ya que la Blue Horizon se había ganado en sus cinco años de existencia un sincero respeto entre los aficionados al editar varias docenas de interesantísimos álbumes que mantuvieron viva la precaria llama del interés por los «blues» entre el gran público. Como compañía independiente, trabajando en un género minoritario, la Blue Horizon era la obra de Mike Vernon, un chico inglés interesado por la música negra. Mike comenzó editando con su hermano un fanzine dedicado al RB desde la casa paterna. Ya con una cierta reputación en los círculos del «blues», Mike se dedicó a producir artistas por cuenta ajena, hasta que reunió suficiente capital para fundar una modestísima casa de discos que editara su música favorita. Los primeros «singles» y LPs de Blue Horizon (por grupos británicos) coincidieron con el inicio del «blues boom» de 1968, y tuvieron un éxito lo bastante importante como para permitir a Mike ampliar su catálogo con discos de artistas mucho menos comerciales. Lo extraordinario de Blue Horizon era su ecléctica política de lanzamientos. Entre otras cosas, Mike lanzó populares artistas ingleses de «blues» (Fleetwood Mac, Chicken Shack, Duster Bennett), produjo LPs de talentosos «bluesmen» negros (Otis Spann, Bukka White, Jack Dupree), inició una serie de recopilaciones en LPs de la obra de grandes «bluesmen» que grabaron para oscuras etiquetas americanas (Otis Rush, Magic Sam, Slim Har-

po) e incluso llegó a trabajar recientemente con grupos avanzados de «rock» (Mighty Baby, Focus). La caída de Blue Horizon ilustra las dificultades de competir con una música de escaso potencial comercial contra el producto de los grandes conglomerados. Aunque desconozco los detalles, afortunadamente parece que lo que ha ocurrido no es un caso de bancarrota al estilo Immediate, con montones de acreedores aporreando la puerta, etcétera, y que Vernon continuará usando sus conocimientos de productor al servicio de los «blues».

Resulta irónico que simultáneamente se editaba por primera vez en España un LP de Blue Horizon..., ¡que se trata del primer disco grabado como intérprete por Mike Vernon, aún no editado en Inglaterra! Lo primero que hay que decir de «Bring It Back Home» (Carnaby CPS 9204) es que posiblemente te pase inadvertido. La Blue Horizon, que nos tenía acostumbrados a imaginativas presentaciones para sus LPs, ha lanzado el disco de su creador con una portada ramplona y hasta engañosa.

El LP consiste en versiones de temas de Dr. Ross y Jimmy Reed junto con composiciones de Vernon. Mike es un cantante decente, con una voz demasiado fina y ligera para «blues», pero que se sabe adaptar. Lo que rescata a «Bring It Back Home» de ser otro mediocre LP de «blues-rock» son los músicos. Rory Gallagher y Paul Kossoff hacen breves apariciones, pero en las demás toca gente casi desconocida, como Peter Wingfield y Paul Butler (ambos pertenecientes a Jellybread, otra buena banda de Blue Horizon). Para ser una banda reunida en el estudio, la música es agradablemente fluida y diversa, aunque tocada con fervor y determinación. El disco termina con un extendido «jam» dominado por el saxofonista Dick Parry, y que es un buen contraste con la solidez de los otros temas.

Es un buen comienzo. Yo espero que para continuar la Columbia profundice en el catálogo B. H. y nos ofrezca otros platos más fuertes. Aunque sólo sea con la esperanza de que dentro de diez años haya un Mike Vernon español. ■
DIEGO A. MANRIQUE.

triumfo RECOMIENDA

CINE

Madrid

TO BE OR NOT TO BE, de Lubistch (Bellas Artes). EL y ABISMOS DE PASION, de Buñuel (California). MUERTE EN VENECIA, de Visconti (Palace). PEÑALVER, Pompeya). EL DOCTOR JEKILL Y SU HERMANA HYDE, de Ward Baker (Rex). ESPAÑOLAS EN PARIS, de Bodegas (Rosales). A QUEMARROPA, de Boorman (San Carlos). LA CAJA DE LAS SORPRESAS, de Forbes (Cervantes). CON LOS OJOS CERRADOS, de Brooks (Azul). CONSPIRACION DE SILENCIO, de Sturges (Cartago-Murillo). UN DIA EN NUEVA YORK, de Donen (Pelayo). 2001: UNA ODISEA DEL ESPACIO, de Kubrick (Murillo). FRENCH CONNECTION, de Friedkin (El Españolito). HORIZONTES DE GRANDEZA, de Wyler (Tetuán). JUEGOS PROHIBIDOS, de Clément (Carlton, Drugstore, Urquijo). LA LEY DEL SILENCIO, de Kazan (Lux). EL MENSAJERO, de Losey (Príncipe Pio). MI QUERIDA SEÑORITA, de Armiñán (Canadá, Coimbra, Concepción, Copacabana). LA MUJER INFIEL, de Chabrol (Mundial). UNA NOCHE EN CASABLANCA, de los Marx (Lavapiés, Salaberry). NOTRE DAME DE PARIS, de Delannoy (Tetuán). PEQUENO GRAN HOMBRE, de Penn (Argentina, Fátima, Jorge Juan, Niza, Metropolitano, Pavón, Vox). PERROS DE PAJA, de Peckinpah (Astoría, España). TOMA EL DINERO Y CORRE, de Allen (Magallanes, Marvi).

Barcelona

TRENES RIGUROSAMENTE VIGILADOS, de Menzel (Alexis). DODES'KA'DEN, de Kurosawa (Aquitania). MUERTE EN VENECIA, de Visconti (Balmes). EL

CLUB DE LOS ASESINOS, de Dearden (Ducal, Goya, Iris, Verdi). CONSPIRACION DE SILENCIO, de Sturges (Vergara). FRENCH CONNECTION, de Friedkin (Urgel). JUEGOS PROHIBIDOS, de Clément (Comedia). MI QUERIDA SEÑORITA, de Armiñán (Coliseum). RIO BRAVO, de Hawks (Sorrás). RIO LOBO, de Hawks (Alarcón, Diana).

LIBROS

NITIDO NULO, Virgilio Ferreira. Barral.
NACI GRIEGA, Melina Mercouri. Dopesa.
DUBLINESES, James Joyce. Lumen.
MANILUVIOS, José Miguel Ullán. El Bardo.
CONFRONTACIONES, Francisco Ayala. Seix Barral.
COMENTARIOS IMPERTINENTES SOBRE EL TEATRO ESPAÑOL, Rodríguez Méndez. Península.
ESTUDIO ESTRUCTURAL DE LA LITERATURA CLASICA ESPAÑOLA, Vittorio Bodini. Martínez Roca.
LAS HURDES, CLAMOR DE PIEDRAS, J. A. Pérez Mateos. Escelicer.
EL ANTICOLONIALISMO EUROPEO, M. Merle y Roberto Mesa. Alianza.
ESTRUCTURA E HISTORIA, Francisco Remotti. A. Redondo.
EL CATALANISMO HEREMONICO, Isidro Molas. A. Redondo.

DISCOS

LPs

JORDI SOLER: «Liebeslied» (Concentric).
STEPHEN STILLS: «Massassas», doble (Atlantic).
JEFFERSON AIRPLANE: «Bark» (RCA).
OVIDI MONTLLOR (Discophon).
F. PI DE LA SERRA: «Disconforme» (Discophon).